

## CAPITULO II.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALAN.—DESCRIPCION DE LA CAPITAL.—TENTATIVA PARA CONVERTIR A LOS INDIOS.—EMBAJADA AZTECA.—INVITACION A CHOLULA.

(1519.)

La ciudad de Tlaxcalan, capital de la república del mismo nombre, distaba cosa de seis leguas del campamento español. El camino pasaba por un terreno fragoso que donde quiera que habia un palmo de tierra arable, daba señales de un esmerado cultivo. En una profunda barranca habia un puente de piedra que segun la tradicion, autoridad muy incierta, es el mismo que hoy hay y que fué construido en su origen para que pasase por él el ejército.<sup>1</sup> En el tránsito tocaron en varias ciudades

<sup>1</sup> "A distancia de un cuarto de legua, caminando á esta dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar un puente de cal y canto de bóveda, y es tradicion en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos dias que estuvo allí Cortés, para que pasase. (Viage, en Lorenzana, pag. IX.) Si estuviese bien averiguada la antigüedad de este puente de bóveda, su eccisteria

indias, en todas las cuales recibieron la mas hospitalaria acogida. Ya que habian andado algo, conocieron que estaban cerca de una ciudad populosa, por el gentío que salió á recibirles: hombres y mujeres pintorescamente vestidos, traian ramos y guirnaldas de flores que ofrecieron á los españoles ó con que adornaron los cuellos y caparazones de los caballos, como lo habian hecho los de Zempoalla. Los sacerdotes con sus túnicas blancas y sus largas y enmarañadas cabelleras flotantes sobre los hombros, se mezclaban con la multitud y arrojaban de sus zumerios nubes de incienso de copal. De esta suerte entró la numerosa y heterogénea procesion por las puestas de la antigua capital de Tlaxcalan. Era 23 de Setiembre, dia cuyo aniversario celebran todavía los naturales de aquella tierra, como un dia de regocijo.<sup>1</sup>

La multitud era tal en las calles, que con trabajo pudo la policia de la ciudad dejar espedito un paso para el ejército; en tanto que las azoteas ó terrados de las casas estaban coronadas de una infinidad de

seria un gran testimonio en favor de la arquitectura india; pero la construccion de una obra tan sólida en un brevísimo espacio de tiempo, es cosa que para creerse, necesita de una autotidad algo mejor que la de los aldeanos de San Salvador.

<sup>1</sup> Clavijero, Stor. del Mess., tomo III, pág. 53.

"Recibimiento el mas solemne y famoso que en el mundo se ha visto," exclama el entusiasta historiador de la república, añadiendo que, "salieron á recibir á los españoles, mas de cien mil hombres, que parece cosa imposible," (y que en efecto lo es.) Camargo, Historia de Tlaxcalan, MS.

espectadores impacientes por siquiera divisar á los maravillosos extranjeros. En las casas estaban colgadas flores y festones, y en medio de las calles habia arcos formados de verdes ramas entrelazadas con madreselvas y rosas. Toda la poblacion se entregó al regocijo: el aire resonaba con cantos y exclamaciones de triunfo y con los ásperos sonidos de los instrumentos nacionales, que á no haber sido por las explicaciones de Marina y por las demostraciones de júbilo de los indios, habrian escitado temores en el pecho de los españoles.

Esta procesion se dirigió por las principales calles hácia la casa de Xicotencatl, el anciano padre del general tlaxcalteca, y uno de los cuatro gobernadores de la república. Cortés se apeó del caballo para recibir al anciano gefe y abrazarle: era éste casi ciego, por lo que para satisfacer hasta cierto punto la curiosidad que tenia de conocer al general español, le tentó la cara con las manos. Despues se dirigieron á un salon de su palacio, donde sirvieron al ejército un banquete. Llegada la noche, le designaron para cuartel los edificios y campos descubiertos que rodeaban el templo mayor; mientras que á los embajadores aztecas los alojaron en aposentos inmediatos al de Cortés, quien así lo habia pedido para velar por su seguridad, pues se encontraban en la ciudad de sus enemigos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 12

Tlaxcalan era una de las mas populosas é importantes ciudades de toda la mesa. Cortés, en su carta al Emperador, la compara con Granada, afirmando que "era mas espaciosa, fuerte, y populosa que lo que era la capital morisca al tiempo que se ganó y tan bien construida como ella." <sup>1</sup> Mas no obstante que esto mismo confirma un escritor respetable de fines del siglo pasado, <sup>2</sup> dificilmente debemos creer que aquellos edificios hayan podido igualar á esos monumentos de la magnificencia oriental cuyas esbeltas y aéreas formas escitan á pesar de las injurias del tiempo, la admiracion de cuantos viajeros tienen un gusto delicado. Lo que hay de cierto es, que Cortés, lo mismo que Colon, veia los objetos con los ojos de su acalorada imaginacion y les daba un colorido mas vivo y mayores dimensiones de lo que realmente tenían. Nada tiene de extraño que un hombre que habia hecho tan raros descubrimientos exagerase desmesuradamente el mérito de ellos, no solo á sus propios ojos, sino tambien á los de los demas.

Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 59. Camargo, op. cit. Gomara, Crónica, cap. 54. Herrera, Historia general, dec. 2, lit. 6, cap. 11.

<sup>1</sup> "La cual ciudad es tan grande y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que de ella podria decirse, deje, lo poco que diré, creo es casi increíble, porque es mucho mayor que Granada, y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha mas gente que Granada tenia al tiempo que se ganó. Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 58.

<sup>2</sup> "En las ruinas que aun hoy se ven en Tlascalan, se conoce que no es ponderacion." Ibid, pág. 58. Nota del editor, Lorenzana.

Las casas eran por la mayor parte, de adobe, y una que otra de cal y canto ó de ladrillos secados al sol. A la entrada no habia puerta ni ventanas sino que de las primeras colgaban esteras riveteadas de piezas de cobre ó de cualquiera otra cosa capaz de producir una especie de campanilleo que avisaba si alguién entraba. La poblacion debe haber sido muy considerable, si acaso es cierto lo que dice Cortés, que se reunian en la plaza mas de treinta mil almas, en los dias del mercado. Estas reuniones era un especie de feria, que en las grandes ciudades se tenia cada cinco dias y á la que concurrían los vecinos de las inmediaciones que traian á vender toda especie de artículos de consumo doméstico y todas las manufacturas que formaban su industria fabril, y principalmente la alfarería, en la cual escedian á lo mejor que habia entonces en Europa. <sup>1</sup> Otra nueva prueba de que era un pueblo culto, son las tiendas y casas para baños, tanto de vapor como de agua caliente, de los cuales hacian un uso frecuente los naturales. Finalmente aquella cultura estaba tambien atestiguada por la existencia de una policia encargada de mantener el orden. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> "Nullum es fictile vas apud nos, quod arte superet ab illius forma." Mártir, de Orbe novo, dec. 5, cap. 2.

<sup>2</sup> Camargo, loco citado. Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 59. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. Ixtlixochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83.

El territorio estaba dividido en cuatro cuarteles, que mejor pudiera decirse que eran otras tantas ciudades diferentes, pues habian sido edificados en diversas épocas, y estaban separados por altas paredes de piedra que servian como de linderos. Cada uno de ellos estaba regido por uno de los cuatro gobernadores quien ocupaba una espaciosa mansion situada en medio de sus vasallos. ¡Estraño arreglo y mas estraño todavía que no haya sido incompatible con el orden y la tranquilidad social! La antigua capital situada en el distrito donde nacia el rápido riachuelo de Zahuatl, pasaba por la cumbre y falda de las colinas en cuya base se encuentran ahora los miserables restos de aquella floreciente poblacion.<sup>1</sup> Al Sudeste se estendia hasta un término muy dilatado, la escarpada sierra de Tlaxcalan, entre cuyos picos se eleva el enorme cerro de la *Malinche*, coronado de la diadema de plata que ciñe de ordinario á los altísimos Andes, y á cuyas fragosas faldas crecian y se levantaban magestuosas, selvas de gigantescos sicomoros y encinos, cuyo tronco de cuaren-

Este último, cita tal número de autoridades de indios contemporáneos, que le han servido para la formacion de su historia, que ese número prueba por sí solo un considerable grado de civilizacion en el pueblo.

1 Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 6, cap. 12.

La poblacion de la ciudad que Cortés comparaba con Granada, ascendia á principios del siglo actual, á 3.400 habitantes, de los cuales solo menos de mil eran indios. Humboldt. Essai politique, tomo II, pág. 158.

ta ó cincuenta piés de altura, estaba enteramente desnudo. Las nubes que venian del lejano Atlántico se apiñaban en torno de los encumbrados picos de aquellas montañas y reuniéndose formaban torrentes que al derramarse por las llanuras del territorio, lo convertian en un lago, en ciertas estaciones. Estrepitosas tempestades, mas terribles allí que en ninguna otra parte de la mesa, se levantaban en la falda de aquellas montañas y sacudian hasta los cimientos de los endeblés edificios de la ciudad. Pero no obstante que los rígidos vientos de la sierra daban al clima cierta aridez, desconocida bajo el sereno firmamento y á la temperatura cálida de los países inferiores, esto no perjudicaba al pleno desenvolvimiento de las fuerzas tanto físicas como morales de los habitantes. Pasaban una vida dura y laboriosa entre aquellas escarpadas colinas, igualmente propias para ser cultivadas durante la paz, como defendidas en la guerra. Distinto del mimado hijo de la naturaleza, á quien ésta prodiga copiosamente los medios de subsistencia y le ahorra toda especie de trabajo, el tlaxcalteca sacaba su sustento de un suelo, no ingrato ciertamente: pero que era preciso regar con el sudor de la frente: llevaba una vida sóbria y laboriosa: privado del comercio por la guerra incensante contra los aztecas, tenia que dedicarse principalmente á la labranza, la ocupacion mas apropósito para conservar la pureza de las costum-

bres y la fuerza del cuerpo: su honrado pecho estaba inflamado de ese patriotismo ó afecto local que engendra el cultivo de la tierra, y le animaba ese noble sentimiento de independencia, propiedad natural del hijo de las montañas. Tal era la raza con que Cortés se había aliado para dar remate á su gran empresa.

Algunos días fueron destinados á obsequiar á los españoles, convidados sucesivamente á la mesa de los cuatro grandes señores, en los respectivos departamentos de la ciudad. Aun en medio de aquellas demostraciones amistosas, conservaba el general el rigor de la disciplina y su acostumbrada vigilancia, procurando al mismo tiempo la seguridad de los ciudadanos, con prohibir espresamente á todos los soldados, que saliesen de sus cuarteles sin pedirle espreso permiso. Este rigor provocó las quejas de algunos oficiales del ejército, que miraban aquella precaucion como superflua y las de los gefes tlaxcaltecas, que la consideraban como una señal de inmerecida desconfianza. Mas luego que Cortés le esplicó que lo hacia por no quebrantar las reglas de arte militar, manifestaron su admiracion, y el ambicioso jóven general de la república aun llegó á proponer que se introdujese esa costumbre, si posible era, en los ejércitos nacionales.<sup>1</sup>

1 Sahagun, Historia de la Nueva-España; MS., lib. 12, cap. 11. Camargo, loco citado. Gomara, crónica, cap. 54, 55. Herrera, hist. general, dec. 2 lib. cap. 13. Bernal Diaz, cap. 75.

Luego que el general español estuvo seguro de la lealtad de sus nuevos aliados, puso mano á una obra que era uno de los principales objetos de su expedicion: la conversion de los indios al cristianismo mas por dictámen del Padre Olmedo, quien siempre se oponia á las medidas violentas, se difirió esto para mejor oportunidad. Esta se ofreció cuando los gefes tlaxcaltecas propusieron para afianzar mejor la alianza que habían hecho con los españoles, que las hijas de los primeros se casasen con los capitanes de Cortés y con él: entonces les dijo éste, que tal cosa no podia verificarse mientras ellas permaneciesen en las tinieblas de la supersticion, y con la ayuda del buen fraile, les esplicó lo mejor que pudo, los misterios de la fé cristiana, y les enseñó la imágen de la Virgen y su Divino Hijo, diciéndole que aquel era el símbolo único de la salvacion, mientras que sus falsos dioses, las hundirian en perpetua perdicion.

Me parece enteramente inútil cansar al lector refiriéndole todo lo que en aquella plática doctrinal esplicaron á los indios, pues basta figurarnos que entre los dogmas que nuevamente se les proponian á los indios incultos, habria algunos de ellos que les serian tan incomprensibles como muchos de los de su propia religion. Mas aun cuando no logró convencerles, le escucharon con tímido respeto y cuando concluido le dijeron: que no dudaban que el Dios

de los cristianos seria un bueno y gran Dios, y que por lo tanto determinaban admitirle en el número de los de Tlaxcalan. Ya se vé que el politeísmo de los indios, semejante al de los antiguos griegos, era de tal naturaleza, que podía admitir sin violencia ninguna entre la multitud de sus divinidades á los de cualquiera otra religion. <sup>1</sup> Cada nacion, continuaron los tlaxcaltecas, debe de tener sus dioses suyos propios y sus deidades tutelares: no podemos abjurar ya ancianos el culto que desde nuestra niñez hemos profesado: ademas de que si tal hiciésemos provocariamos la venganza de nuestros dioses y de nuestro pueblo, el cual ama su religion tan ardentementecomo su libertad, y derramaria en defensa de la una y de la otra hasta la última gota de su sangre.

Segun esto, era claramente inútil insistir mas en aquella materia; pero el zelo religioso de Cortés, ardiente de suyo é inflamado todavía mas por la resistencia que encontraba, no calculaba los obstáculos; probablemente, ni la corona del martirio habia sido parte á retraerle de su buena obra; bien que afortunadamente para la causa que defendia, esta corona no le estaba reservada.

<sup>1</sup> Camargo habla de esta especie de elasticidad de las religiones de Anáhuac. "Este modo de hablar y decir que les querrá dar otro Dios, es saber que cuando estas gentes tenian noticia de algun Dios de buenas propiedades y costumbres, que le recibiesen admitiéndole por tal, porque otras gentes advenedizas trujeron muchos dolos que tuvieron por Dioses, y á este fin y propósito decian que ¿Cstér les tria otro Dios." Loco citato.

El buen misionero, el evangélico consultor de Cortés, viendo el camino que iban á tomar los negocios, se interpuso para estorbar que se llevasen adelante las miras de aquel: díjole que no queria volver á ser testigo de las escenas que habian pasado en Zempoalla, que no queria fiarse á conversiones hechas por la fuerza, pues que eran efímeras: que lo que era obra de un momento, en un momento se acababa: ¿de qué sirve, decia, derribar el altar, si el ídolo queda en pié allí, en el corazon? ¿Ni de qué tampoco destruir el ídolo, si en su lugar se ha de poner otro nuevo? Mas vale que esperemos con paciencia á que moviéndose el corazon y alumbrándose el entendimiento, puedan adquirir estos infieles una conversion sincera y duradera. Estos juiciosos consejos fueron de la apobacion de Alvarado, Velazquez de Leon y demas en quienes tenia confianza Cortés, hasta que por último, ocupado en sus primeros proyectos de guerras y batallas, abandonó por entonces la obra de la conversion, mayormente, que consideraba que aquí podia tener un resultado muy diverso del que tuvo en Cozumel y Zempoalla; segun era el carácter de la poblacion. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 84. Gomara, Crónica, cap. 56. Bernal Diaz caps. 76, 77. No es así como lo cuenta Camargo, pues segun él, Cortés ganó el punto y consiguió que los nobles abrazasen el cristianismo y que se demoliesen los ídolos. (Hist. de Tlaxcala, MS.) Pero atendamos á que Camargo era un indio cristianizado, que vivió en la generacion inmediata-